

Memorias de un Primer Amor

Daniel Reynoso Gállego

Memorias de un Primer Amor

2ª Edición



ankhse^hhamon
2010

COPYRIGHT © 2011 BY DANIEL REYNOSO GÁLLEGO

Reservados todos los derechos. *«No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright.»*

Hecho en México.

A todas las personas que
en mi vida he llegado a amar.

ÍNDICE

DIECIOCHO	11
DOCE	17
DIEZ	23
SIETE	29
SEIS	35
CINCO	41
CUATRO	45
TRES	51
UNO	57
CERO	63

DIECIOCHO

Hoy se cumplen ya seis meses desde que él se marchó, desde que su cuerpo perdió la calidez y sus ojos cedieron su brillo. Ya no está aquí, se ha ido para siempre, y ella no puede dejar de pensarlo en cada respirar.

Esa mañana se levantó con una delicada lágrima en su mejilla: había soñado con él otra vez. No podía dejar de pensar que esa persona tan importante la había abandonado para jamás volver. El pensamiento era simplemente insoportable. De momentos sólo añoraba mirar una fotografía suya, de ellos juntos, pero era imposible; nunca se retrataron. Ella nunca quiso.

Se alistó rápidamente, como cada mañana, mientras intentaba sacarle de su mente sin éxito. Apenas una semana antes habían concluido las vacaciones y un nuevo semestre comenzaba ya en la universidad. Pero las cosas no eran las mismas, no sin él.

No fue sino hasta llegar a la escuela y encontrarse con nosotros que se dio cuenta de la fecha. Sus amigos mostrábamos una profunda y taciturna tristeza en nuestros rostros. Ese día era el cumpleaños de él. Justo veinte años atrás nuestro ahora ausente amigo había llegado al mundo. Increíble pensar que no vivió para cumplirlos y celebrar con nosotros.

Después de unos minutos cada quien tomó su camino; todos excepto ella. Partimos rumbo a nuestras clases, tratando de olvidar por un momento la melancolía y mirar hacia adelante, o al menos eso hice yo. Ella se quedó allí, en medio de la soledad por un momento, inerte, de pie en la explanada sin nadie a su alrededor.

Una vez más una tremenda aflicción la inundó por completo, ese horrible frío que la había estado abrazando desde que él partió. La desesperación fue tan grande esta vez que ella simplemente no pudo más. Se derrumbó. Cayó sobre sus rodillas, clavó sus manos en el concreto y dejó que su mirada se nublara por el abundante llanto.

No sabe cuánto tiempo estuvo allí, pero al final logró incorporarse y soportar hasta el final del día, hasta el momento de volver a casa. Recuerdo haberla visto a lo lejos justo cuando se marchaba. Se veía demacrada, acabada, con la mirada clavada apenas pocos centímetros frente a sus lentas pisadas.

Se sentía terriblemente agotada cuando abordó el camión que la llevaría a su hogar. Caminó hasta el fondo y tomó asiento en la esquina, la misma esquina donde él habría encontrado su final apenas medio año atrás. Miraba por la ventanilla con sus hermosos ojos castaños, cautivada por las suaves gotas de lluvia que acariciaban el asfalto.

De pronto, a mitad del recorrido, se levantó sin pensar y abandonó el vehículo. Se había bajado mucho antes de llegar a su destino, pero había una razón: en esa calle vivió él. Caminó casi inconscientemente hasta su puerta, y se quedó ahí de pie contemplando la ahora marchita fachada del incompleto hogar donde nostálgicos padres lloraban aún a su hijo perdido. Él se había ido y jamás regresaría.

Se quedó en la entrada por un tiempo indefinido, hasta que el oscuro cielo y el helado viento la despertaron del trance. Entonces volvió a casa.

Llegó tarde, y subió directo a su habitación. Atravesó lentamente las escaleras, cruzó la puerta y cerró con delicadeza. Apenas podía estar en pie. Con esfuerzo dio un par de pasos y se dejó caer precipitadamente sobre su cama, la cama donde había soñado con él. Abrazó su almohada firmemente y por primera vez en su vida lloró con todas sus fuerzas, sin contención. Dejó fluir aquel tremendo torrente de dolor, de desesperación.

No se movió de ahí en varias horas. Yacía en medio de la oscuridad, apenas cobijada por la caricia lunar que se colaba por su ventana. Estaba exhausta, cansada de llorarlo, harta de saber que él se había ido.

Después de un rato escuchó varios sonidos en la estancia de la casa: una puerta, pasos, voces. Sus padres habían llegado. Ella simplemente se quedó en la penumbra, quieta, arrullándose con su lenta respiración. Sus tersas manos seguían frías, pero ya no temblaban.

Ya no estaba triste, estaba enojada. Estaba furiosa con él; no podía entender por qué tenía que morir. O tal vez estaba enfadada consigo misma, por no haberle dicho a tiempo aquellas palabras. Pero ya no tenía caso seguir así. El pasado ya está hecho y no hay marcha atrás, se decía siempre a sí misma.

Se levantó y se dispuso a encontrarse con su familia, cuando súbitamente una tibia ventisca se escurrió al interior de la habitación. No tenía sentido: la ventana estaba cerrada.

Había algo peculiar en aquel fugaz fenómeno. Cuando pasó por su tez, un extraño hormigueo invadió todo su cuerpo, dejándola absorta. Sólo se había sentido así una vez, pero habían pasado ya **dieciocho** meses desde entonces. Sabía que era algo especial.

Entonces volvió en sí y notó algo curioso: su cajón estaba abierto y había un pequeño trozo de papel en el piso. Ella lo tomó y lo presionó cariñosamente contra su pecho, con una ligera sonrisa. Era la carta que él le escribió después de su primer mes juntos. La abrió lentamente mientras pensaba en sus manos, y la leyó atenta.

Terminó. Se puso de pie, insegura, emocionada, y miró en todas direcciones, como buscando algo. Susurraba débilmente el nombre de él mientras sus ojos se humedecían de nuevo. Entonces corrió hacia la ventana en desesperación, la abrió de golpe y, con un nuevo resplandor en su mirada, con un nuevo brío en su dulce voz, gritó al infinito con todas sus fuerzas: “*yo también*”.

DOCE

Ha pasado un año desde que ella le dijo que sí, desde que sus miradas se llenaron de luz y sus corazones se sincronizaron: habían encontrado el amor. Apenas se conocían cuando él, dejándose llevar por la voz en su interior, le confesó sus profundos sentimientos. Magia surgió entre ellos, jóvenes amantes.

Hoy los ojos de aquel tímido chico se cubren de sombra y espesa neblina; un denso vacío habita su pecho.

Se levantó temprano como siempre. No mostraba ímpetu, no tenía razón para despertar cada mañana. Vivía en helada soledad desde tiempo atrás, cuando el milagro se desvaneció. Se movía sólo por inercia. Era jueves.

Fue a la escuela, tomó sus clases y dejó que los minutos y las horas se escurrieran entre sus dedos como agua. Entonces llegó el final y el momento de volver al hogar. Estaba solo cuando decidió partir. Tomó el mismo camión de siempre. Subió lentamente, procuró al chofer tres pequeñas y sudadas

monedas y se desplazó hasta la parte de atrás, tomando asiento justo en la esquina, contra la inmensa y averiada ventana donde miles de pasajeros habían recostado sus exhaustas espaldas.

Veía sin mirar a través del herido cristal, abrazando su mochila en el pequeño espacio que tenía. Casi no había coches en las calles, y el camión se desplazaba audazmente entre los otros vehículos. El tiempo pasaba lentamente y él, como ya últimamente no procuraba hacerlo, pensaba en ella.

Llevaba días, semanas, meses, tratando de no recordar aquello tan maravilloso, aquello que ya había terminado. Luchaba por mantenerse con la frente en alto. Siempre me decía que quería superarlo, dejar todo atrás, pero simplemente era incapaz. Incluso me llegó a decir, más de una vez, que ya se había sobrepuesto. Al principio le creí.

“Ha pasado un año” pensó de pronto mientras veía su desaliñado reloj, atado fuertemente a su muñeca izquierda junto a una vieja cicatriz. Cerró sus ojos. El sol ardía magnificente, el viento golpeaba con fuerza; un pequeño zapato azul oscilaba sin piedad y los descuidados frenos crujían estruendosamente.

El semáforo brillaba en carmesí cuando el caos comenzó. Un amargo rechinido metálico reverberó desde lo más hondo. Todos los pasajeros intentaron aferrarse a la estructura en el

momento del impacto. Él abrió sus ojos de golpe, con violencia, como después de un pavoroso mal sueño. Su mirada mostraba un brillo peculiar, y una tibia gota de sangre brotaba de entre sus labios.

Entonces descubrió la verdad: una espesa varilla de acero le atravesaba por el pecho. Un horrendo dolor le acogió de pronto: todo se empezó a poner gris; su corazón martillaba con violencia, cada vez más y más fuerte. No podía moverse, le costaba trabajo respirar. Estaba aprisionado entre el desquebrajado vidrio a sus espaldas y el arruinado asiento de enfrente que, afortunadamente, nadie ocupaba.

No gritó. Parecía tan tranquilo, tan sereno, aunque su mirada reflejaba una profunda desesperación; no quería morir, no así.

Entonces, con las pocas fuerzas que aún conservaba, deslizó la mano dentro de su bolsillo derecho y extrajo lentamente su teléfono celular. Lo abrió, y, sin estar muy seguro de lo que hacía, escribió en ensangrentadas teclas una nota que habría de enviar justo antes de perder el conocimiento.

Ella estaba en casa, recién había llegado. Pasaron varias horas antes de que descubriera un mensaje nuevo en su teléfono móvil, un mensaje que trazaba inocentemente las palabras que a esas alturas le incomodaba recibir de él. Se exaltó un poco. Incluso se molestó, pero trató de no darle importancia.

El viernes se despertó con cierta ansiedad. Fue a la escuela. Sabía que se lo encontraría en los pasillos, y no estaba segura de lo que haría entonces. Habían acordado ser sólo amigos, y todo parecía bien, al menos para ella. Pero esas palabras que alguna vez se susurraron al oído estaban ahora fuera de lugar.

Después de pensarlo un rato decidió no mencionarle nada cuando se topara con él. Pero ese momento nunca llegó. No se apareció, nadie lo había visto. Incluso me preguntó si sabía algo de él.

Pasó el fin de semana. El lunes se levantó con más desasosiego del que podía disimular. No lo entendía. Ya no sentía nada por él. ¿Por qué no dejaba de pensarle? Ese día la noté extraña, perdida. Todo era culpa de aquel pequeño mensaje que terminaría leyendo cada día, por el resto de su vida. Estaba nerviosa. Quería encontrárselo, aunque no sabría qué decirle. Pero tampoco lo vimos. Fue entonces cuando, desesperada, le marcó al celular, sólo para descubrir que estaba fuera de servicio. Horas después llamó a su casa, y entonces se enteró: había tenido un accidente y estaba en el hospital.

Su incertidumbre se convirtió en aplastante angustia. Un agudo dolor inundó sus entrañas. Comenzó a temblar por la pura impresión de semejante noticia. Incluso vomitó.

Pasaron tres días antes de que pudiera verle. Lo miró a través de un espeso vidrio, recostado inmóvil en una cama de

cuidados intensivos. Se quedó en la puerta por varios minutos, sin saber qué hacer. Un inquietante silencio se extendía de pared a pared, interrumpido únicamente por un sonido electrónico que coincidía con un impulso en una gráfica digital.

Antes de entrar le informaron de su condición: tenía una severa herida pulmonar, por lo que necesitaba respiración artificial. Una serie de curaciones cubrían su pecho. Él yacía ahí, casi inerte, con los ojos cerrados. Ella se le quedó viendo, con una terrible sensación atascando su garganta. Se acercó lentamente y tomó asiento a su lado. Lo miró al rostro, colocó sus delicadas manos sobre aquella herida piel, y, sin querer, recordó aquel gran día, **doce** meses atrás.

De pronto algo cambió: él se movió. Ella alzó la mirada, perturbada, emocionada. Él abrió los ojos y la miró. Ella reflejaba una profunda angustia. Él trazó una leve sonrisa. Ella trató de seguirle. Se miraron profundamente a los ojos por incalculable instante, hasta que él hizo un esfuerzo y le preguntó: *“¿Recibiste mi mensaje?”*. Ella se quedó sin aliento. *“Tranquilo. No hables. Necesitas descansar”* le respondió nerviosa. Fue entonces que aquel constante sonido digital comenzó a acelerarse, cada vez más. Ella se asustó. Él la miró fijamente, la tomó de la mano y le repitió con una frágil y cansada voz aquel pequeño texto: *“Aún te amo”*. En seguida los ojos de ella se humedecieron, y justo cuando sus labios se

preparaban para esbozar una respuesta, él la interrumpió con las pocas fuerzas que le quedaban: “*cuídate mucho, linda*”, le dijo él, justo antes de que aquella acelerada gráfica se convirtiera de pronto en una eterna línea horizontal, acompañada por un constante y discordante sonido de paz.

DIEZ

Tengo la impresión de que cada día que pasa las cosas se ponen peor y peor. Han transcurrido casi seis meses desde que todo terminó, desde que el místico sentimiento simplemente se extinguió. Han ocurrido muchas cosas desde entonces, y parece que la tormenta no se acaba.

Todo indica que ayer volvieron a hablar. Él quería expresarle su sentir, hacerle saber lo mucho que la extrañaba, y lo mucho que la distancia le hacía daño. Aún la ama, con todo su corazón. Ella ha dejado todo atrás, y anhela que él haga lo mismo para poder continuar con sus vidas.

Ambos son mis amigos, y lo que les pase me concierne, de una u otra manera. Además, en muchas ocasiones he platicado con ellos sobre la situación. Confían en mí, y hasta me han pedido consejo; sobre todo él.

El otro día me dijo que yo era su mejor amigo. No supe qué decir. Me sentí honrado con su declaración, pero no creo poder corresponderle, no aún. No tiene mucho que lo

conozco, y a pesar de que lo considero un buen amigo, no me atrevo a decir algo más. Aunque es verdad que durante el último año nuestro lazo se ha fortalecido, de eso no cabe duda.

Hoy los amigos nos reunimos, como cada viernes. Diría que fue un día habitual, pero estaría mintiendo. Su comportamiento fue bastante inusual. Cuando se encontraron, frente a frente, no pude evitar advertir una especie de velada oquedad cubriendo la habitación. No cruzaron ni una sola palabra; fue meramente un discreto beso en la mejilla. Los noté más que distantes, y creo que no sólo yo. Podía sentirse una extraña incertidumbre; me dio escalofríos.

Ella se mostró en general tranquila, plácida. Actuaba como si él no existiese. Reía, charlaba; disfrutó la comida. Él, en cambio, jamás sonrió, ni siquiera ligeramente. Aún puedo sentir los estragos de esa oscura y turbia mirada, tan desierta. Lo noté un poco más pálido, como ausente, cual muerto en vida. Era como si hubiese un denso agujero en el cielo, justo sobre su cabeza. Se me dificulta describir la sensación.

En la noche hablé con él. Me platicó lo sucedido.

Nunca terminé de comprender por qué me eligió a mí; me tenía muchísima confianza y me platicaba todo, sin reparo. Siempre he procurado estar ahí, escucharle.

Me dijo que habían hablado, de nuevo. Él le mencionó su sentir, le insistió en que no podía soportar que ella lo ignorara más, que en verdad quería su amistad, como habían acordado, pero que se sentía cabalmente rechazado. Ella simplemente bajó la mirada, y después de varios minutos de sepulcral silencio, le pidió que se alejara, que dejara de perseverar. Lo mejor era olvidarlo todo y no volverse a hablar.

Él quiere que ella lo mire, que lo haga sentir vivo, valioso.

Ella quiere que él la olvide, que lo deje todo atrás.

Cada día que pasa las cosas empeoran. Cada vez que tienen un diálogo parece que la tempestad cobra más fuerza. Quiero ayudarles, en verdad, pero ya no sé cómo. Siento que es mi deber, como su amigo, hacer algo, pero por otro lado temo empeorar las cosas. No quiero entrometerme.

Siempre les he dicho que arreglen sus diferencias, pero las cosas parecen ser más complicadas que eso. Él quiere tenerla a su lado; ella sólo desea avanzar, sin mirar atrás. Veo cómo se hacen daño y a veces pienso que tal vez sus caminos nunca debieron cruzarse. Sobre todo por él.

Lo he visto llorar, suspirar por ella, lamentándose por todo. Lo he visto buscar las respuestas, preguntarse por lo que hizo mal. Lo he visto tratando de reponerse, de salir adelante. Lo he visto con una mirada alentadora, con la brillante ambición

de alzarse y salir airoso, pero también lo he visto fracasar en su misión. Lo he visto caer, desplomarse, una y otra vez. Lo he visto perder la fe, dejarse vencer por la terrible agonía.

Lo miro ahora, con esos ojos tan álgidos, tan distintos, con esa faz tan marchita, y no puedo más que sorprenderme. No lo conozco de mucho tiempo pero sé de lo que es capaz. Sé que es muy brillante, muy metódico. Siempre tiene la solución a los problemas. Generalmente organiza los equipos de trabajo y suele ser él quien saca adelante los proyectos. Es muy sagaz. Pero no sé qué pasa que, cuando se trata de ella, toda esa tenacidad simplemente se desmorona. No entiendo cómo es que puede ser tan distinto. ¿Será acaso tan poderoso el amor?

Nunca me he enamorado, al menos no de esa manera tan intensa.

Se porfía al sentimiento que anida en su corazón, a pesar de que no es correspondido, y creo que allí yace su decadencia. No entiendo cómo es que simplemente no se pone de pie y saca toda esa capacidad y fuerza que lo caracterizan. No entiendo por qué sigue chocando con la misma pared, una y otra vez. Pero él tampoco lo comprende.

No me gusta verlo así, arrastrándose, lleno de aflicción. Tiene que entender que ya no tiene caso seguir peleando una contienda que ya ha sido perdida.

Él la busca, cada vez, tratando de sentir su calor. Pero ella, en cambio, sólo quiere estar sola. Incluso me ha comentado que se siente incómoda, molesta, con su necia insistencia. Ella ya no lo ama, hoy, **diez** meses después de que todo comenzó.

Ya no sé qué hacer. Ella se muestra tan tranquila, tan serena. Él por otro lado está destrozado, completamente despedazado. Esa mirada tan vana que ha adquirido en ocasiones me enchina la piel, me atemoriza. Tal vez lo mejor sea hacerme a un lado, y no intervenir más. Puede que lo mejor sea darles su espacio y esperar que ellos mismos se encarguen de sus problemas, aunque ya no estoy muy convencido de que puedan esclarecer el lóbrego cielo que ahora los cobija.

Sinceramente, espero que pronto él recobre el color en sus ojos y la sonrisa en su rostro, porque todavía tiene mucho por vivir.

SIETE

Parecía otro martes como cualquiera. Tenía una clase temprano y otra más tarde, con un par de horas libres entre ambas. Pensé que, como cada semana, pasaría ese tiempo con él; conversaríamos, comeríamos algo o simplemente caminaríamos por ahí, él y yo; probablemente me hablaría sobre su sentir respecto a ella.

Pero no fue así.

Salimos de la primera clase y estuvimos un rato en el pasillo. Lo noté raro, o al menos un poco distinto. Se veía cansado o algo así. Yo lo miraba con un poco de inquietud, y estuve a punto de decirle algo cuando me preguntó si había planeado algo para el tiempo de espera que teníamos en común. Le respondí con una negativa.

Pensé que me sugeriría alguna actividad o algún lugar a donde ir, como ya lo había hecho antes, pero me sorprendió su respuesta. No dijo nada. Sólo me extendió su mano en son de despedida. Por un instante me quedé pasmado; no

comprendía. Me miró fijamente a los ojos y me dijo que se iría a casa. Estreché su mano, aún dubitativo. Simplemente no lo entendía. No tenía sentido. Teníamos otra clase en la tarde, una importante. Me mencionó que no se sentía muy bien. Le pregunté si podía ayudarle en algo, pero me respondió un no con los ojos, agradeció con una ligera sonrisa y entonces se marchó con las manos en los bolsillos y la mirada por los suelos.

Me quedé ahí tras su rastro por un par de minutos, preguntándome sobre lo que había pasado. Primero supuse que tenía que ver con el hecho de que ella iría a la clase de la tarde, pero entonces recordé que llevábamos compartiendo salón con ella más de la mitad del semestre y nunca había pasado esto. Algo simplemente no encajaba.

No recuerdo qué hice en esas dos horas y fería que tenía para derrochar. De seguro retomé aquella corta novela que había estado leyendo esa semana: la historia de una chica que se perdía en el bosque y que era rescatada por un misterioso guardián.

Entonces, poco antes de la hora, llegué al salón para mi última clase del día. Ella había llegado temprano. Estaba allí, sentada, apacible. Leía sus notas con la mirada medio perdida, con una mano descansando en su regazo y la otra soportando su rostro por la mejilla. Me acerqué para tomar asiento a su lado, aunque no se dio cuenta de mi presencia, no hasta que

la toqué ligeramente en el hombro. Entonces me miró y sonrió. Nos saludamos.

Fue algo en extremo peculiar: a pesar de todo el bullicio de los demás compañeros, estoy seguro que podía escuchar la respiración de ella, tan cálida, tan sutil. Estaba a punto de preguntarle algo pero curiosamente los dos comenzamos a hablar a la vez. Fue gracioso. Nos reímos y discutimos por un momento sobre quién hablaría primero, pero antes de resolverlo llegó nuestro profesor y tuvimos que atender la clase.

Fue una jornada larga. Recuerdo que casi al final ya no podía soportar el dolor de mi mano derecha, de tanto escribir sin cesar. Lo bueno es que el maestro nos dejó salir casi treinta minutos antes de la hora de cierre.

Ella abandonó el aula antes que yo. A mí me gusta esperar a que salgan todos, para poder pasar por la puerta sin ser empujado. Cuando salí, vi que me estaba esperando.

Caminamos juntos. Estuvimos en silencio por un par de minutos, y entonces le pregunté por lo que planeaba decirme antes de clase. Lo pensó por un instante y expresó que no era nada importante, y que mejor yo le comentara lo que le iba a mencionar. Le dije que la había notado un poco distinta, como triste, y que mi intención era saber si algo andaba mal.

Parece que se quedó sin palabras, ya que no dijo nada. De pronto alzó la mirada y me dijo: “¿Recuerdas que hace un momento te dije que no era nada importante?”. Asentí con la cabeza. “Pues la verdad sí lo es. Te iba a preguntar si sabías algo de él, si lo habías visto, porque no llegó a clase y eso me preocupa”.

La verdad nunca me imaginé que me fuera a preguntar por él; hacía tanto tiempo que no lo hacía.

Le conté entonces sobre su extraña partida. Ella no dijo nada, pero se notaba aún preocupada. Hubiésemos seguido con la charla pero ya habíamos llegado al punto donde nuestros caminos tenían que divergir. Me dijo que se conectaría a Internet en la noche y que podríamos seguir conversando. También dijo que esperaba verlo a él en línea.

Nos despedimos y seguí mi camino. Abordé el camión que me dejaría a un par de calles de mi casa. Me había sentado en la parte posterior pero a los pocos minutos le cedí mi lugar a una pobre anciana que llevaba consigo un enorme bolso color escarlata. Estuve de pie todo el camino, pensando en miles de cosas y a la vez en ninguna. Me quedé cautivado mirando el helado asfalto aquella tarde lluviosa, hasta que un brusco movimiento me despertó del trance. Ya me había pasado de mi destino.

Tuve que caminar casi ocho cuadras bajo la lluvia, pero lo disfruté.

Cuando me aparecí por esa vieja puerta encontré a mis padres comiendo. Mis hermanos no habían llegado aún, y yo, aunque moría de hambre, debía tomar una ducha antes que nada.

Saludé y me dirigí sagazmente al baño, me deshice de mis húmedas prendas y me relajé bajo el agua caliente por un buen rato. Me tardé más de lo usual: me había quedado pensando otra vez. Confieso que me hubiera tomado más tiempo si no fuera por lo hambriento que estaba. Mejor me apuré, me vestí y bajé corriendo al comedor. Mi padre ya se había retirado de la mesa, y mi madre me esperaba con la comida servida.

Estuvo sentada a mi lado, viéndome comer, con una mirada curiosa. Creo que quería preguntarme sobre mi día, pero a la vez no quería interrumpirme. De todas formas le platiqué un poco sobre mis clases y demás, entre bocados. Al terminar, ella recogió mis platos y se fue a la cocina. Entonces recordé que tenía mucha tarea para el día siguiente. Era martes, martes ocho. Habían pasado ya **siete** meses desde que ella le dijo que sí.

Me apuré con mis obligaciones académicas y entonces, cerca de las diez de la noche, me senté frente a la computadora,

aprovechando que nadie la estaba utilizando. Me conecté a internet, abrí el programa de mensajería instantánea y vi que tanto él como ella estaban en línea.

Platicando con ambos descubrí algo extraño: él la estaba ignorando. Le pregunté el porqué y me dijo que simplemente ya no podía más. Ella estaba como molesta, y al final se desconectó sin despedirse, y a los pocos minutos él le siguió. Al final yo terminé haciendo lo mismo. Me fui a dormir.

SEIS

Desperté sudando frío, cubierto de una tremenda sensación que no puedo ni describir. Es como si me asfixiara, como si muriese espeluznantemente mientras dormía.

Y lo peor de todo es que, además, me levanté tarde. Casi no llego a mi primera clase de la mañana. Me vi obligado a tomar un taxi y no tuve tiempo para desayunar.

En realidad no recuerdo mucho del trayecto, ya que estuve todo el camino tratando de recuperar lo que había soñado. Estaba seguro de que había algo allí, pero simplemente no podía evocarlos. Era como si un grueso estor, como si una densa neblina negra me ocultara la verdad.

Cuando el vehículo se detuvo y la puerta se abrió, supe que debía dejar mis intentos de hacer memoria para después. Le pagué de más al conductor y salí corriendo hacia mi salón. Tuve que evitar el pasillo principal ya que sabía me encontraría allí a varios amigos y no podía darme el lujo de detenerme siquiera a saludar.

Apenas llegué, justo cuando el profesor estaba cerrando la puerta. Prácticamente la detuve de golpe con las manos y entré al salón. Pero el esfuerzo valió muchísimo la pena. El maestro dedicó una hora a explicar un tema que yo no había comprendido del todo.

Estuve tan atento a la explicación que me había olvidado por completo de aquella quimérica visión nocturna.

No fue sino hasta la tarde, poco después de las cinco, cuando yo me encontraba ya camino a casa, que una singular sensación me invadió. Fue como si me acribillaran con un millar de gélidas agujas. Una acuosa imagen se plantó en mi mente, por un instante: una silueta, una sombra, acercándose lentamente hacia mí, blandiendo una especie de navaja.

Me quedé atónito por varios segundos; no tenía idea de lo que había sido eso. Pero al poco tiempo descubrí que se trataba de una parte de aquel enigmático sueño.

Entonces me di cuenta que ya casi llegaba a mi hogar. Me levanté de mi asiento y me escabullí tenazmente entre los pasajeros, logrando bajarme a tiempo. Un poco más y hubiera tenido que cruzar un enorme puente caminando.

En fin, llegué a casa, comí con mis padres y luego subí a mi habitación. La verdad es que esa tarde no tenía nada que

hacer: ni proyectos ni tareas ni nada. Tampoco planeaba salir o hacer algo en particular. Me quité la ropa, por culpa del tremendo calor infernal que hacía, y me recosté en mi cama. Mis padres habían salido y no volverían sino hasta después de medianoche. Me quedé solo.

La verdad estaba muy cómodo, tanto que no quería ni moverme. Sólo yacía allí, en ropa interior, mirando las interminables marcas en el techo de mi cuarto, completamente relajado, perdido.

No sé en qué momento me levanté, pero de pronto me encontraba en la puerta de la cocina, semidesnudo, mirando a mi alrededor, cautivado. Sabía que estaba en mi casa pero la verdad se veía muy distinta. Tenía otros muebles, otro color. Un extraño sonido en la estancia atrajo de pronto mi atención: alguien había llegado. Subí corriendo a mi recámara para ponerme un pantalón, pero misteriosamente estaba cerrada con llave, desde adentro. Terminé tomando una prenda de mi hermano, que había dejado colgada en el barandal.

Es curioso. No estoy seguro de en qué momento comenzó a llover, pero podía escuchar claramente que hacía una terrible tormenta allá afuera. Ya estaba oscuro, y la luz se había ido. Confieso que me aterrorizó un poco.

Escuché otro ruido, como pasos. Volví a bajar, tentando con las manos las paredes de la angosta escalera. Caminaba a ciegas. Después de pisar el último escalón me quedé quieto, sin hacer un solo ruido, y me puse atento. No podía ver nada, excepto tal vez por algunas siluetas que la luz de la luna dibujaba. Di un par de pasos hacia la sala, tratando de no chocar con ningún mueble, hasta que noté algo fuera de lo normal: había alguien sentado en el sofá. Podía ver una sombra, similar a una persona de espaldas, encorvada. Parecía que lloraba.

Entonces lo supe. Era ella. Ahí estaba, **seis** meses después de que todo comenzara. No tenía sentido su presencia en mi casa, y mucho menos esa noche, ya que había salido de la ciudad por un par de días, con su familia. De cualquier forma, me acerqué más y me detuve frente a ella. Parecía como si no quisiera mirarme. La llamé por su nombre más de una vez, pero no respondió; ni siquiera alzó su rostro.

De repente sentí una helada respiración, agitada y jadeante, justo detrás de mí. La verdad me asustó. Empecé a temblar. Giré lentamente.

No podía ver nada, más que una silueta. Parecía una figura alargada y esbelta. Era él. No podía ver sus ojos en la penumbra, pero sentía su densa mirada sobre mí. Le pregunté qué hacía ahí, pero no me respondió. Sólo respiraba profundamente, como si le faltara el aire. Comenzó a caminar

hacia mí, muy despacio. Era como si transcurriera una eternidad entre cada uno de sus pasos.

De pronto un relámpago en el cielo iluminó la tenebrosa escena. Él estaba cubierto de sangre, y traía un largo cuchillo en su mano izquierda. Empezó a gritarme, furioso: “*¡Mira lo que has hecho! ¡Tú la mataste! ¡Tú nos mataste! ¡Míranos!*”.

No sé qué me pasó, pero me quedé paralizado. Sentía que me moría, que mi corazón reventaba. No sabía qué hacer. Di la vuelta y entonces la miré bien: ella yacía en el sillón, muerta, con un perturbador agujero en su pecho. No lo podía creer. Me sentí como si... la verdad ni siquiera sé cómo me sentía.

Entonces la luz volvió y me deslumbró. Mis ojos dolieron un poco. “*¿Qué pasa contigo?*”, me preguntó una voz. Cuando miré, encontré a mi hermano de pie en la entrada de mi habitación, con la mano en el interruptor. Yo estaba en cama, pálido, sudando. Dijo que cuando llegó me escuchó lamentándome, pidiendo perdón; gritando delirantemente.

No le dije nada. Sólo miré mi reloj y, siendo casi las once de la noche, me levanté rápidamente y me metí a la regadera. Puse el agua realmente caliente, pero aun así no dejé de temblar. Esa noche no pude dormir.

CINCO

Vaya sosegado escenario: una habitación no muy amplia, perdida en la oscuridad de la noche, varios minutos después de un bello atardecer rosado; las vetustas cortinas completamente cerradas, la densa puerta medio emparejada, la solitaria cama a medio tender y sobre ésta un delgado cuerpo; era él.

Estaba completamente solo, perdido en su recámara, recostado boca arriba. Traía una vieja camiseta blanca, arrugada y estropeada, y un bóxer negro con franjas azules y rojas. Respiraba con extrema lentitud, profanando sutilmente el casi sepulcral silencio de una noche tibia sin luna ni estrellas. Miraba la negrura, sigilosamente, atento a los espectros invisibles que susurraban su nombre desde el otro lado de su ventana. Hacía mucho calor.

Los minutos y las horas se deslizaban sobre su cuerpo sin premura. Él sólo yacía allí, pensando y evocando, reviviendo en su memoria aquel día, **cinco** meses atrás, cuando unieron sus labios por primera vez. Ese recuerdo le hacía sonreír.

Empezó a repasar en su cabeza aquellas memorias de ese su primer amor. Revivió día a día su historia juntos, pensando en su mirada, su sonrisa, sus brazos alrededor suyo. Escuchaba sus palabras y sentía su ahora ausente aliento soplar con dulzura en su cuello.

Sus ojos se humedecieron cuando recordó que las cosas ya no estaban tan bien, que ya no estaban juntos. Comenzó a pensar en la distancia, en la separación y en la duda. Recordó la ocasión cuando habló con ella por última vez, cuando la visitó en su hogar. Intentaba desesperadamente comprender lo que ella sentía; anhelaba poder estar a su lado para apoyarla, para superar la prueba juntos. Pero ella quería recorrer la travesía sola.

Todo era muy confuso. Él ya no podía soportar su ausencia, pero no le quedaba más que esperar y tener fe en que ella pudiera aclarar su mente y su corazón. Le preocupaba que fuera demasiado tarde.

Las manecillas del viejo reloj de pared seguían dando vueltas y vueltas. Entonces, de pronto, una extraña sensación atravesó su espalda, como si un helado dedo la recorriera con vaporosa crueldad. Súbitamente, y sin planearlo, todo se volvió claro. Ahora sabía la verdad.

Al día siguiente se vieron en la escuela. A pesar de la separación, tomaban clase en el mismo grupo y de vez en

cuando se regresaban juntos a sus casas ya que les quedaba la misma ruta. Vivían cerca. Y ese fue uno de esos días.

Iban sentados hombro con hombro, ella del lado de la ventanilla. Miraba hacia afuera mientras él revisaba unas notas. Llevaban ya varios minutos sin esbozar una sola palabra.

Entonces, cuando faltaba poco para que él llegara a su destino, decidió romper el silencio y salir de la duda.

La miró, llamó su atención, muy inseguro, y habló: “*creo saber lo que pasa*”. Le dijo que tenía una teoría y que se la diría, pero que ella tendría que negarla o afirmarla según el caso. No tendría que decir nada más. Sólo sí o no. Le hizo prometer que respondería. Una vez que ella, con cierta reserva y nerviosismo, aceptó, entonces él continuó: “*creo que lo que está pasando es... simplemente... que ya no me amas. Ya no tienes sentimientos por mí*”.

Ella se puso pálida. Sinceramente no esperaba escuchar algo así. Se paralizó por varios segundos, y sus ojos se nublaron un poco. Él la miraba atento, ansioso, tratando de ocultar aquella desesperación que lo roía desde dentro. Añoraba estar equivocado, deseaba no tener razón.

Entonces ella, después de un largo y profundo suspiro, cerró sus ojos y con todo el dolor del mundo asintió lentamente

con la cabeza. Él le dio las gracias por su honestidad, besó su mano con extrema solemnidad, abandonó el vehículo y se perdió en la distancia.

CUATRO

No puedo creerlo: ya no están juntos. Hace una semana, justamente el día en que fuimos a comer todos los amigos, ella terminó con él. No pensé que fuera a pasar tan pronto.

Justo el día anterior ella le llamó por teléfono para decirle que quería discutir con él algo serio, pero que pensaba hacerlo cara a cara. Él no estaba seguro de lo que pasaba, pero estuvo de acuerdo en llegar más temprano para verla.

Todos nosotros habíamos quedado de reunirnos a las dos de la tarde. Ellos se vieron antes, para conversar. Él estaba para entonces bastante intrigado. De hecho no pudo dormir esa noche.

Se vieron en un pequeño parque local cerca del punto de reunión. Él había arribado desde temprano y la esperaba sentado en una pintoresca banca metálica, bajo un monumental encino de triste follaje y frágil coraza. Ella llegó y se sentó a su lado. Él la abrazó y la sujetó con fuerza. No dijo una sola palabra, pero su mensaje era muy claro. No

quería dejarla ir. Sabía que algo andaba mal. La miraba fijamente al rostro; sus pupilas se agitaban levemente, con incertidumbre. Ella sólo yacía allí, con sus manos sobre sus rodillas y la mirada por los suelos, en completo silencio.

Era una imagen muy singular, como una fotografía, un instante capturado en película. Parecían un par de antiguas estatuas de bronce en medio de un sagrado recinto. Descansaban allí, tan cerca pero tan distantes, sentados en medio de la nada; las aves celebraban el caluroso día y el viento jugueteaba con la copa de los árboles. Entonces de pronto los labios de ella se entreabrieron ligeramente. Comenzó a hablar.

Le dijo que no se sentía muy bien, que percibía una especie de percance en su relación. No estaba segura de lo que era, pero se sentía insegura, titubeante. En realidad no se explicó muy bien. Le dijo que necesitaba estar sola para encontrar las respuestas a su vacilación.

Él no supo qué responder. Estaba verdaderamente desconcertado por la nebulosa situación. Prefirió mantenerse en silencio, atento al discurso de su amada.

Ella insistió en que tenía que aclarar su mente y resolver ciertas dudas dentro de sí, antes de poder seguir con lo que ellos dos estaban construyendo juntos. Le dijo que, por el momento, necesitaba un tiempo para salir de la confusión.

Él, a pesar de rehusarse completamente a lo que ella demandaba, no pudo más que apoyarla y decirle, por lo mucho que la amaba, que estaba de acuerdo. Le dijo que le brindaba su apoyo y que esperaba con ansias el día en que ella se acercara nuevamente a él y le dijera “*he vuelto*”.

Ella sonrió ligeramente, agradecida. Él la abrazó con mucho sentimiento y besó su frente.

Al poco tiempo empezamos a llegar los demás. Cuando hice mi aparición ya estaban, además de ellos dos, tres amigos más. Al principio no lo noté, pero estaban distantes. Cuando entramos al pequeño restaurante se sentaron juntos, pero creo que no fue por decisión propia. Yo estaba junto a ella, y después de varios minutos, en lo que esperábamos a que nos sirvieran nuestros alimentos, me percaté que algo andaba mal. Él no podía dejar de mirarla, mientras ella sólo lo evitaba: platicaba conmigo y con los demás. Sus ojos se escapaban furtivamente.

Salimos del lugar bastante tarde. De hecho ya iban a cerrar. Todos empezaron a despedirse y a tomar su camino. Yo fui de los últimos en marcharse, ya que estaba esperando una llamada que definiría mi siguiente destino.

Poco antes de que sonara mi teléfono, mientras esperaba en aquel crucero, vi que ellos se despidieron de una manera singular: él la sujetó del rostro y besó su frente suavemente.

Ella sólo cerró sus ojos, para después besarlo en la mejilla y decir adiós. Entonces abordó su transporte. Él se quedó ahí de pie a un lado del camino, mirando fijamente aquel destartelado autobús, y cuando lo perdió de vista metió las manos en los bolsillos de su pantalón y empezó a caminar, en la misma dirección, con la mirada clavada en el asfalto frente a él.

Yo estaba al teléfono cuando presencié esa nostálgica despedida, desde el otro lado de la acera. Me quedé perplejo, tanto que ni siquiera escuché cuando mi padre me dijo que estarían con mis tíos, y que debía alcanzarlos allá. Lo recordé demasiado tarde, justo al llegar a mi casa y no encontrar a nadie.

No fue sino hasta hoy que volvieron a hablar.

Ella estaba en casa, mirando la televisión con su abuela cuando el timbre sonó. Se levantó y caminó lentamente hacia el sólido portón metálico y lo abrió. De pie frente a la fachada había una esbelta figura, demacrada, con una mirada agónica y un semblante decrepito. Era él. Le pidió que saliera un momento. Ella se quedó sin aliento, y aunque en el fondo no quería, no pudo negarle tal petición.

Caminaron en silencio un par de calles y luego de un rato se sentaron en la banqueta. Él le dijo que no soportaba su ausencia, que la necesitaba, que la extrañaba demasiado y que

no se sentía capaz de seguir así. Ella sólo bajó la mirada y suspiró.

Él trató de abrazarla pero ella se resistió. Le explicó que realmente necesitaba estar sola y que no quería verle por un tiempo. Le suplicó que no le hiciera eso, que no la buscara.

Él, aunque trató de controlarse, no pudo evitar derramar algunas lágrimas. Simplemente no entendía cómo es que aquello tan maravilloso, que había comenzado apenas **cuatro** meses atrás, se encontraba ahora en semejante encrucijada. No sabía sobre la confusión por la que ella estaba pasando y no quería apartarse, pero la amaba tanto que le era imposible decirle que no.

Al final él se levantó y se desvaneció en el horizonte. Ella volvió a su casa y se sentó a comer con sus padres, quienes acababan de llegar.

Él regresó a su hogar, caminó casi arrastrándose hasta su habitación, con la mirada completamente ennegrecida, cerró lentamente la puerta con llave y simplemente se dejó caer sin piedad sobre su colchón, para quedarse allí, con su cara contra la almohada, por el resto del día.

TRES

Me encontraba cautivo en una misteriosa alcoba de cristal, gigantesca, incapaz de hallar alguna puerta o ventana; era imposible escapar. De pronto un sonido me distrajo. Era mi celular que sonaba en medio de la noche. Desperté.

No me molesté en ver la hora. Ni siquiera abrí los ojos; sólo extendí mi brazo y contesté, todavía somnoliento. Al principio no reconocí su voz; era ella. Se oía intranquila, angustiada.

No me quiso explicar en ese momento lo que sucedía. Sólo me dijo que le urgía hablar conmigo, que necesitaba conversar con alguien de confianza, que no sabía qué hacer. Al final acordamos encontrarnos a la mañana siguiente en una pequeña cafetería cerca de mi hogar, y entonces colgué el teléfono. Me costó mucho trabajo volverme a dormir.

Los rayos del sol colándose entre las persianas fueron los que me despertaron; tarde, por supuesto. La verdad ni siquiera recordaba haber hecho un compromiso durante la noche,

pero para mi suerte ella me había enviado un mensaje de texto justo después de que hablamos, para posponer nuestra cita un par de horas.

Nunca había entrado a ese lugar. Siempre que pasaba por ahí lo veía, pero jamás había despertado mi interés. Además, no suelo salir a tomar café.

Llegué temprano; es la ventaja de vivir a sólo dos calles. Ella tuvo un pequeño retraso, pero al final apareció. Cruzó la puerta del local con cierta ansiedad y me buscó desesperadamente con la mirada. Le tomó casi un minuto hallarme, ya que había demasiada gente y además yo me encontraba sentado en una de las mesas del fondo. Tuve que agitar el brazo en el aire para que me viera.

Cuando se acercó lo suficiente me puse de pie; sonríó, me abrazó con fuerza y luego se sentó conmigo. Pidió un café expreso. Sinceramente, yo no quería tomar nada, pero ordené un café americano sólo por hacerle compañía.

No se veía tan intranquila como esperaba, pero definitivamente había algo en su semblante que no estaba bien. Sus ojos brillaban de una manera muy peculiar, como si hubiese estado llorando toda la noche. Fue un momento algo incómodo. Estaba allí a mi lado, sin decir una sola palabra, mirando fijamente un punto invisible en la inmensidad. Yo me puse nervioso, no sabía qué hacer, qué decir.

Entonces llegaron nuestras bebidas. Ella se notaba distraída, perdida. Jugueteaba con la cuchara, ahogándola una y otra vez en el ardiente café. Dio un par de sorbos y entonces se atrevió a hablar.

“No sé qué hacer, en verdad”, me dijo, con un tono de voz muy frágil y sutil, “Me siento como atrapada, inmovilizada, atascada entre dos espesas murallas”.

No fue necesario decirle que no tenía idea de lo que me hablaba; mi rostro daba claramente el mensaje. Me comentó que las cosas con él no marchaban muy bien. Apenas llevaban tres meses juntos.

“Él me dice que me ama, y lo hace con tanta sinceridad en su mirada. Yo le he dicho que siento lo mismo, porque pensé que era así, pero ahora, ya no estoy segura de que este sentimiento sea en verdad amor.”

“Lo quiero mucho, y es muy importante para mí. Cuando estoy a su lado me siento tan feliz; cuando me abraza o me toma de la mano, cuando me habla al oído, cuando me dice que me quiere o cuando leo una de sus cartas, me siento tan amada, tan querida.”

“Pero, la verdad, creo que no puedo hacer lo mismo, no puedo quererlo así. No sé qué es lo que pasa conmigo, no sé si sea miedo o algo más, pero me siento tan limitada, tan gélida. Quisiera poder entregarme como él lo hace, pero algo dentro de mí me lo impide y no sé qué hacer”.

Procuré escucharla con atención, comprender su delicada situación y pensar en cómo ayudarla. Pero no era nada sencillo. Después de un rato, y de dos cafés más, terminó de hablar, suspiró hondo y me miró. La verdad no soy muy bueno con esto de los sentimientos, y en ese instante me sentí aprisionado en una tremenda paradoja, ya que ella aguardaba por un consejo, y no se me ocurría qué decir.

Me quedé callado, absorto, tratando de aclarar mi pensamiento. La situación era más complicada de lo que había imaginado. Ella estaba tan cerca de mí, con sus ojos tan húmedos y sus manos tan inquietas, respirando fuertemente a mi lado, suplicando por mi ayuda, y yo me encontraba paralizado, incapaz de contestar. Verla así me estremecía, me enchinaba la piel.

Creo que mis propios sentimientos me impedían pensar con claridad. Al final le dije que tal vez debía alejarse, tomarse un tiempo para estar sola y definir lo que sentía realmente por él.

Fui breve. No sabía qué más hacer. Se quedó dubitativa un rato pero al final sonrió ligeramente, me besó en la mejilla y me dio las gracias. Entonces nos despedimos; ya era tarde.

Regresé a casa, subí las angostas escaleras y entré al baño con la intención de cepillar mis dientes. Cuando me coloqué frente al espejo, al verme reflejado a media luz, algo extraño me pasó. Una horrible sensación me abrazó por completo: me

sentí sucio. Me desconocí. No estaba seguro de haber hecho lo correcto, de haberle aconsejado bien.

UNO

Todavía no me acostumbro a verlos así, tomados de la mano. Me cuesta trabajo hacerme a la idea de que ahora están juntos. Todo pasó tan rápido. Pero lo importante es que se ven felices.

El domingo fue un mal día para mí. Tuve una fuerte discusión en casa y las cosas no salieron muy bien. La verdad es que me sentía terrible, como si mi mundo se desmoronara en un colosal siniestro. Necesitaba hablar con alguien, desahogarme.

El lunes fui a la universidad como era costumbre. Confieso que estuve muy abstraído, muy ensimismado. Ansiaba llegase el final del día. Quería irme de allí. Y bueno, no deseaba volver solo; esperaba al menos poder regresarme con ella y así conversar un rato en el camino, como lo hacíamos antes.

Me la encontré en el pasillo y la saludé con gusto. Estaba a punto de decírselo cuando él llegó y la abrazó por la cintura. Le dijo que ya había comprado los boletos: al parecer tenían

planes para salir. Ya no dije nada, sólo me despedí y me marché. En verdad me sentía fatal.

Fueron a una exposición internacional en un renombrado museo de arte moderno. El evento era muy solicitado y había que hacer largas filas para poder entrar.

Llegaron alrededor de las seis de la tarde, y estuvieron formados más de dos horas, pero no les importó, ya que estaban juntos. Él la abrazaba con fuerza; estaba encantado. Platicaron de miles de cosas durante la larga espera: la familia, los amigos, la escuela, sus gustos e intereses, sus demonios personales. Todavía se estaban conociendo. Apenas había pasado **un** mes desde que ella le dijo que sí.

Ya estaba anocheciendo cuando entraron al museo. Recorrieron los pasillos y las salas de exhibición, siempre tomados de la mano. Ella miraba con meditación las obras mientras él le contaba un poco sobre ese estilo de arte; sabía bastante del tema.

Estuvieron alrededor de una hora admirando las majestuosas piezas, visitando cada rincón. Fue una experiencia única para ambos, simplemente fascinante.

Aunque me cueste aceptarlo, hacían muy bonita pareja.

Saliendo del museo él la invitó a cenar a un pequeño restaurante en los alrededores. Pasaron una linda velada,

romántica. Al final él le comentó que había algo que deseaba decirle, y que pensaba era el momento perfecto. Ella sonrió y lo escuchó atenta.

“Puede que sea muy pronto, y tal vez pienses que estoy loco por decirte esto, pero estoy seguro y quiero que lo sepas: te amo”.

Ella se quedó impactada. Ciertamente no esperaba escuchar esas trascendentales palabras. Se quedó sin habla por un par de segundos. Él se puso un poco inquieto. Entonces ella suspiró, alzó la mirada, lo vio a los ojos, y lo besó.

“Yo también te amo”, le respondió con una bella sonrisa en su dulce rostro. Sin duda fue un momento mágico, para los dos. Al rato salieron del lugar. Él le dijo que la acompañaría hasta su casa.

La luna y las estrellas cubrían el firmamento mientras caminaban juntos por la calle. Se detuvieron frente a un gran portón metálico. En ese momento ella se veía más alta que él, pero se debía simplemente a la altura de la banqueta donde ella estaba parada.

Se miraron a los ojos con profunda ternura durante un rato. Él se acercó paulatinamente a su rostro y fundieron sus labios. Fue un momento extraordinario. Lamentablemente no duró mucho, ya que al poco tiempo la puerta se abrió de pronto:

era el padre de ella, pidiéndole que ya le despidiera y entrara a la casa.

Ambos rieron apenados. Él la abrazó con gran brío, le recordó al oído cuánto la amaba, le dijo adiós y se marchó. Ella entró a su hogar y subió a su habitación. Era feliz.

Ya casi era media noche. Ella se cambiaba de ropa cuando descubrió algo singular: había un extraño trozo de papel en su bolsillo. Deshizo los dobleces y entonces supo lo que era: otra carta de él, oculta. Debió ponerla allí cuando estuvo entre sus brazos. Comenzó a leer:

“Sabes que me gusta mucho escribirte, y hoy no podía faltar, hoy en un día tan especial. Si todo salió como lo planeé, y al final no me acobardé, entonces hace un rato te dije algo muy importante.”

“Te amo, muchísimo. Es cierto. Sabes que la verdad no se me da esto del romanticismo, pero simplemente no puedo negar lo que siento por ti. Has venido a cambiar mi vida, me has mostrado que puedo sentir algo que jamás imaginé fuera posible. Me has revelado una parte de mí que no sabía que existía. Al momento de escribir esta carta, no puedo saber qué me respondiste, pero estoy seguro que fue algo bueno.”

“La verdad es que tengo este sentimiento desde hace tiempo, aunque hasta hoy me atreví a confesártelo. No fue fácil, créeme. No puedo aventurarme a prometer que te amaré por siempre, pero ten por seguro que lo haré por mucho, mucho tiempo. Puedo

sonar un poco fatalista, pero, incluso si llegase a morir, si llegase a partir de este mundo antes de lo planeado (porque uno nunca sabe, ¿verdad?), aunque me vaya para siempre, te seguiré amando. Es más, voy a sonar un poco lunático, pero te juro que, si dejo de respirar, si pierdo la vida, estaré contigo, a tu lado, y, de ser posible, buscaré una forma, una señal, para hacerte saber que estoy allí, contigo.”

“Pero bueno, suficiente discurso sensiblero. Será mejor que te vayas a dormir. Seguro ya es tarde. Estoy muy ansioso de verte otra vez. Extraño tu mirada, tu sonrisa, tus historias, tus caricias.”

“Probablemente nos encontremos mañana, y espero me perdonen si no puedo evitar abrazarte con vehemencia en cuanto te vuelva a ver.”

CERO

Nunca sabré si fue sólo una fortuita coincidencia o una elaborada jugada del místico destino lo que los hizo cruzar su camino, pero de algo estoy bien seguro: definitivamente cambió el curso de sus vidas para siempre.

Cuando entré a la universidad, hace no mucho, me recuerdo nervioso, ya que comenzaba una etapa nueva y sabía que me vería rodeado de extraños rostros, desconocidos. Vaya sorpresa me llevé cuando descubrí, el primer día, que no me encontraba solo. Ella, a quien conocía desde la preparatoria, estaba en el mismo grupo que yo. Me dio tanta alegría saber que estaría a mi lado.

Con él fue otra historia. La primera vez que lo noté se veía tan serio, tan enigmático. Tomaba asiento en la parte posterior del salón de clase y parecía que nunca hablaba con nadie. En ese momento jamás hubiera imaginado que nos volveríamos amigos, hasta el final.

Después de algunos meses lo conocí, no recuerdo muy bien cómo. Creo que todo comenzó por un trabajo en equipo, o algo así. Al poco tiempo y, sin sospecharlo, me volví una persona importante para él.

De hecho sus vidas se trenzaron gracias a mí. Aunque hay veces en las que siento, en el fondo de mi ser, que al final todo fue mi culpa.

Poco a poco empezaron a tratarse, primero en la escuela y luego fuera de clase. Conversaban por Internet, se enviaban mensajes de texto. Luego se hablaban por teléfono.

Un día, viernes, él le dijo que quería invitarla a comer. Ella, aunque al principio titubeó ligeramente, aceptó. La verdad me asombró bastante: nunca había aceptado una propuesta para salir, ni siquiera mía. Confieso que me sentí un poco celoso.

Al día siguiente, sábado ocho, se vieron desde temprano. Él pasó por ella a su casa y caminaron un rato, al principio sin rumbo cierto. En realidad no hablaban mucho; estaban nerviosos: era la primera vez que estaban solos. Él, en lo profundo de su ser, se moría por tomarla de la mano, y de hecho hizo varios intentos que resultaron fallidos; le ganaba el pánico. Quería confesarle sus sentimientos, pero sus nervios lo traicionaban. Temía por el rechazo.

En la tarde fueron a un bonito restaurante en el sur de la ciudad. Contaba con una singular decoración temática e incluso tenía una antigua gramola completamente funcional. Se sentaron frente a frente en una mesa al fondo del pasillo, en un alejado rincón. En varias ocasiones durante la comida podía vérselos jugar furtivamente con la mirada. Él la veía de reojo, cautivado por su sonrisa, hasta que ella lo notaba y volteaba. Entonces miraría en otra dirección. Lo que él no sabía es que ella hacía exactamente lo mismo cuando estaba distraído.

Se quedaron allí por varias horas. El paso del tiempo se había vuelto totalmente imperceptible. Aunque al principio estuvieron muy callados, con el tiempo empezaron a conversar, cada vez más. Charlaron sobre muchas cosas, la mayoría de ellas triviales. Pero entonces, de un momento a otro, él tocó un tema no tan nimio. Algo muy característico de él era su forma de actuar: siempre pensaba minuciosamente las cosas antes de hablar. Era muy metódico; todos sus movimientos eran premeditados, o al menos eso aseguraba él.

Le dijo que había una chica que le gustaba, mucho, pero que apenas la conocía. Le comentó que no sabía qué hacer, porque no estaba seguro de que fuera un mutuo sentimiento. *“La verdad soy muy tímido, temeroso. Quiero decirle lo que siento, muero por gritarlo a los cuatro vientos, pero tengo miedo, temo que me rechace; temo arruinarlo. Es complicado”*.

Ella se mostró pensativa. Le dijo que su situación le parecía bastante curiosa, ya que ella se encontraba en una encrucijada similar. Había un chico que recién había llegado a su vida, pero ella sabía, sin reparo, que lo único que quería era estar con él.

Tal vez ninguno de los dos lo notó, pero se habían sonrojado. Sus corazones latían con fuerza, desafortadamente. Para ese momento ya no podían mirarse a los ojos.

De pronto una canción romántica comenzó a sonar, una canción que a ella le fascinaba. Él sabía que era el momento.

Le hizo una curiosa propuesta. Le dijo: "*hagamos algo: yo te digo quién es esa chica que me tiene loco, y tú me dices el nombre de aquel misterioso chico de tus sueños*". Ella aceptó. Entonces hubo un largo silencio; ambos eran víctimas de una tenue risa nerviosa. Se supone que él revelaría su secreto primero, pero parecía que era incapaz de articular palabra alguna. Sudaba frío, y su pierna se agitaba con vehemencia bajo la mesa, sin cesar.

De pronto tuvo una idea. Tomó el bolígrafo que llevaba en el bolsillo de su camisa, anotó algo en una pequeña servilleta, y la dobló un par de veces. Le comentó que le daba muchísima pena decírselo así que mejor lo escribiría. Titubeó un rato, pero al final extendió su brazo y puso el papel en su mano.

Sus ojos exhibían inmensa exaltación; ya no había marcha atrás.

Ella lo miró y, con muchísima curiosidad, comenzó a deshacer los dobleces con sus tersas manos. Leyó.

No podía creer lo que decía aquella excéntrica caligrafía, aquellas densas marcas de tinta oscura: "*Eres Tú*".

El rostro de él ardía de angustia. No dejaba de temblar, ansioso, nervioso. Ya estaba hecho, ya se lo había revelado. Ahora sólo restaba esperar. Todo podía pasar.

Entonces ella, con su corazón pulsando al máximo, tomó aquella fina pluma y escribió algo del otro lado. Lo volvió a doblar y se lo entregó con dulzura. "*Es mi turno*", dijo temerosa.

El momento crítico había llegado. La verdad estaba justo en sus manos, tan cerca. El desasosiego lo mataba. Miles de sentimientos atravesaban su ser: curiosidad, incertidumbre, pánico, inquietud.

Estuvo varios minutos completamente en trance, incapaz de reaccionar. Ella sólo ansiaba que él se animara y lo leyera de una vez.

Al final se decidió. Estaba a punto de dejarse vencer por el miedo, pero logró armarse de valor y mirar la respuesta. Con

una hermosa letra, justo en el centro del reverso de aquella servilleta que ella habría de guardar por el resto de su vida, podía leerse claramente una única palabra: el nombre de él.

Su corazón casi revienta. Estaba tan emocionado, tan afectado; pero algo no le convencía del todo: podía ser él, pero también podía ser alguien más. Su nombre era bastante común.

Se arriesgó. Con todo el terror del mundo, con una extrema inseguridad, trató de tomar su mano, despacio. Ella respondió. Entrecruzaron sus dedos. El mesero los miraba desde lejos, conmovido. Fue como una explosión de luz, como un espectáculo de brillantes fuegos artificiales dentro de un pequeño frasco de cristal. Fue magia pura. Sus corazones latían en sincronía absoluta; sus miradas se alineaban perfectamente; sus manos se fundían y su calor se hacía uno. Entonces él, sin saber a ciencia cierta lo que estaba haciendo, se levantó y se cambió de lugar, al lado de ella. Acarició su rostro y, mirando fijamente sus labios, se acercó despacio, cerró sus ojos, y la besó.

Así fue como todo comenzó. Nunca sabré si fue sólo una fortuita coincidencia o una elaborada jugada del místico destino lo que los hizo cruzar su camino, pero de algo estoy bien seguro: definitivamente cambió el curso de sus vidas, y de la mía también.

Hoy no puedo evitar recordar con profunda solemnidad y tristeza aquella hermosa historia. No puedo evitar derramar un par de lágrimas, no sólo por el fatal desenlace, no sólo porque él se fue para siempre y ya no volverá, sino también porque no se marchó con las manos vacías, no se fue así nada más: se ha ido y se ha llevado el corazón de ella, de la mujer que siempre amaré en silencio.

Ahora sólo quedan las huellas del tiempo. Sólo puedo abrazar estos recuerdos, estos bellos pero tristes recuerdos, estas memorias, mis memorias de un primer amor.

